

Van en este tomo seis discursos últimamente predicados; á los cuales, si Dios me da vida, acompañarán otros en lo sucesivo, si hallaren estos favorable acogida en el público; y el tomo de Misterios será el último de mis obras predicables.

I

SERMONES VESPERTINOS

Ó DE MISION,

predicados en Granada. Año 1805.

SERMON PRIMERO.

Sobre la reverencia debida á los templos.

Elegi, et sanctificavi locum istum, ut sit nomen meum ibi in sempiternum, et permaneant oculi mei, et cor meum ibi cunctis diebus. Paralip. II. c. VII.

He elegido y santificado este lugar, para que mi Nombre esté en él eternamente, y permanezcan en él siempre mis ojos y mi corazón.

SEÑORES:

Estas palabras dichas por Dios á Salomon en ocasion de haber concluido el templo de Jerusalem, fi-

gura de los nuestros , al tiempo mismo que la mayor confianza en la bondad del Señor , deben inspirarnos un saludable temor , y el mas humilde respeto ácia su santuario. Nuestros templos en efecto , mas augustos que el Jerosolimitano , son unos lugares consagrados á Dios , destinados á los ejercicios de la religion , á la oracion , al sacrificio santo , á los oficios de piedad , y á las alabanzas con que el Señor quiere ser honrado : pues aunque por su inmensidad existe en todas partes por esencia , presencia y potencia ; por cuya razon dice S. Pablo , que conviene orar en todas partes , porque en todo lugar le es debido el sacrificio de alabanza ; con todo , eligió para sí ciertas porciones de tierra , que consagradas á su nombre , mira como sus delicias , como su casa propia y lugar destinado para recibir los homenages de-

bidos á su soberanía , y comunicar como desde propiciatorio sus adorables misericordias al hombre.

Hé aqui , señores , el alto origen del respeto debido á los templos ; del temor reverencial con que debemos estar en el santuario , y de la confianza con que en él podemos dirigir á Dios nuestras súplicas. El Señor está en el templo , decia el Real Profeta , y está asimismo en el cielo. En el templo , porque en él justifica á los pecadores ; y en el cielo como en su trono , porque en él beatifica á los bienaventurados. En el templo , porque en él se comunica á los justos ; y en el cielo , porque en él es glorificado por los ángeles y por los hombres. En el templo , donde real y verdaderamente existe Jesucristo Sacramentado por nuestro amor ; y en el cielo , porque allí creemos está sentado á la diestra de su Eterno Padre. En el

templo, porque allí participamos de la gracia de los sacramentos, y aun del mismo Cuerpo y Sangre de Jesucristo, que se nos da por vianda, y como un gage ó prenda de la bienaventuranza; y en el cielo, donde esperamos gozarle eternamente en compañía de los ángeles y santos, embriagados con aquel torrente de dulzura, que les sirve de alimento y de bebida. *Dominus in templo sancto suo, Dominus in caelo sedes ejus.*

Motivos poderosos, que deben inspiraros las mas santas disposiciones para entrar en el templo de Dios. Su santidad debe infundiros un saludable temor de profanarlo, para no haceros acreedores á los terribles castigos que ha fulminado el Señor, y executado en los reos de semejantes delitos. Las gracias y dones que en el templo recibimos deben excitar nuestra piedad, para presentarnos en él con

humildad, respeto y confianza. Esta será la materia del discurso, que para mayor claridad dividiré en dos reflexiones: En la primera os haré ver los fundamentos del saludable temor y reverencia que la santidad de Dios debe inspirarnos en su templo. En la segunda, la cristiana piedad y confianza que allí debe llenar nuestros ánimos; atendidos los beneficios que recibimos en la casa del Señor.

Yo me lisonjeo de vuestra atención, mientras en cumplimiento de mis deberes apostólicos pretendo daros una idea justa de nuestros templos, para confusion de los pecadores que osan profanarlos, y edificación de los fieles que vienen á santificarse en ellos. Pidamos las luces del Espíritu Santo por medio de la santa Virgen, su vivo y verdadero templo. Saludémosla con el ángel. *Ave MARIA.*

Elegi, et sanctificavi. &c.

Por poco que reflexemos sobre la sagrada historia de nuestra religion, hallaremos las pruebas mas convincentes del respetuoso temor que la santidad de Dios debe inspirarnos en su templo: lugar destinado en sus sabios consejos para recibir los homenajes debidos á su soberanía; lugar consagrado á su nombre, y santo por consiguiente, segun la expresion del Espíritu divino; que quiso distinguirlo baxo esta denominacion, de los soberbios palacios y mausoleos de los reyes; lugar en fin destinado á recibir los honores y alabanzas de los hombres, y á la distribucion de sus gracias y liberalidades con ellos. ¡Qué de ilustres figuras, qué de

expresos oráculos sobre la santidad de nuestras iglesias, no hallamos en uno y otro testamento!

Cuando se presentó á Jacob la figura de nuestros templos en aquella misteriosa escala, cuya parte superior llegaba al cielo, y por la cual subian y baxaban sin cesar los ángeles, exclamó diciendo: *¡cuán terrible es este lugar! No hay aquí otra cosa que la casa de Dios y la puerta del cielo. ¡Quam terribilis est locus iste! Hic domus Dei est, et porta caeli.*

Asimismo, cuando el Señor, movido á compasion por las duras aflicciones que padecía su pueblo en Egipto, llamó á Moyses en la montaña que habia consagrado por su divina preseneia en una especie de templo, le dixo estas palabras: *no te acerques aquí: des-cálzate, porque el lugar en que estás es tierra santa. Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham,*

Dios de Isaac, Dios de Jacob; cuya voz penetrante llenó de tal respeto y pavor á Moyses, que ocultó su rostro, sin atreverse á mirar al Señor. Poseidos de este saludable temor y reverencia los sacerdotes de la estirpe de Aaron, entraban descalzos al lugar del sacrificio, para testificar por esta ceremonia exterior, como reflexiona un sabio, la humillacion mas profunda á la Magestad de Dios.

¿Qué mas? cuando Salomon hizo la dedicacion del templo, no osaban entrar en él los sacerdotes, porque estaba lleno de la magestad del Señor; pues considerando de una parte la grandeza de Dios, y de otra la nada y la vileza propia, no se atrevian á acercarse á un lugar tan santo. Este es el precepto que el Señor les habia intimado en el Levítico, diciéndoles: *entrad llenos de temor en mi santuario: yo soy el Señor: Pa-*

vete ad sanctuarium meum, ego Dominus. Penetrado David de estos mismos sentimientos, decia: *entraré; Dios mio! en tu casa, y os adoraré con temor en vuestro templo.* Esta misma reverencia manifestó el publicano, cuando detenido por respeto á la puerta del santuario, no osaba levantar sus ojos al cielo, ocupado en humillar su corazon, y en pedir al Señor el perdon de sus pecados. *166 2366111*

Si con tanto respeto pues trataron los antiguos santos la figura de nuestros misterios, ¿en qué consiste, dice S. Bernardo, que miremos nosotros con tanto desprecio á los misterios mismos? Si Jacob en medio de un campo, porque creia presente á Dios, lo reputaba por el lugar mas santo y mas sagrado, ¿porqué nosotros miramos las iglesias, donde creemos que real y verdaderamente habita Jesucristo, con tan poca modestia

10 SERMONES

y reverencia, como si estuviésemos en el teatro ó en el campo?

¡Qué vergonzosa confusion, señores! La iglesia, la casa de Dios, el paraíso de sus delicias sobre la tierra, se ha convertido ya en casa de conversacion, donde no tanto se trata de dar culto y alabanza al Señor, de implorar su misericordia, de gemir por nuestras culpas, cuanto de las vagatelas y futilidades del mundo; de ver y de ser vistos; de hacer ostentacion del luxo y de la moda, por mas criminal y detestable que ella sea: y como si no bastase para irritar al Señor haberle injuriado en las calles, plazas y teatros, se le viene á insultar en el sagrado asilo de su propia casa con la vanidad, la cita, la seña, la palabra inmodesta.

¡Ah! ¿cuándo volveréis vosotros, dias felices de la primitiva Iglesia, siglos religiosos, en que

DE MISION. 11

no osaban los fieles hablar, ni aun entre dientes, en el templo, ni les era lícito respirar con fuerza? Oid á Casiano: "cuando se juntan, dice, á celebrar las solemnidades, hay tanto silencio entre la innumerable multitud, que solo se oye al que canta los himnos; y al acabarse la oracion principalmente, ni escupen, ni se suenan las narices, hasta haber el sacerdote concluido las preces." Sabemos asimismo por los anales eclesiásticos, que San Juan Crisóstomo se salió un dia de la iglesia, en que iba á ofrecer el sacrificio de paz, por haber hablado con alguna alteracion á un obispo muy porfiado y orgulloso. Ni debemos ignorar que San Gerónimo no se atrevia á entrar en las capillas de los mártires cuando habia tenido alguna ilusion, aun entre sueños.

¿Pero qué mucho? Los paganos mismos y los demas sectarios de

falsas religiones ¿ no tienen mas respeto á sus templos , que los cristianos de nuestros dias al del Dios verdadero ? Entremos en ellos , decia un gentil , con la mayor modestia. Al acercarnos al sacrificio baxemos la cabeza , y preparemos la ropa con mucha compostura , persuadidos á que todos los males que nos sobrevienen dimanian de nuestra falta de veneracion en el templo. " Si esto es asi , dice S. Agustín , ¿ qué deberemos esperar nosotros , que profanamos diariamente el santuario del verdadero Dios ? " Ah ! si en el momento que aquí hablo revelára el Señor (como lo hará en el dia de su ira) los pecados que se cometen en este templo , veriais con admiracion ser mayores que las abominaciones que manifestó Dios á su profeta Ezequiel , conduciéndole en espíritu al templo de Jerusalem. Aquí veriais á uno , que elevado sin vocacion

al estado formidable de ministro del santuario , entra en él con la ambicion de un tirano que pretende robar á Jesucristo su corona y su real sacerdocio ; y que sin tratar mas que de sus propios intereses , abandona los de Dios y de su grey como pastor mercenario. Allí otro , que debiendo ser del número de los que oyen con sumision , tiene la vanidad de erigirse en maestro de otros , y la temeridad de hacerse juez de la palabra divina , en vez de abrigharla en su corazon , á fin de que ella obrase el milagro de su conversion. Aquí multitud de pecadores , que debiendo contentarse con gemir por sus delitos á las puertas de la iglesia , á imitacion del publicano , tienen la osadía de acercarse á la sagrada mesa á participar de los divinos misterios. Allí multitud de jóvenes del otro sexô , que debiendo entrar en el templo

llenas de humildad , como la pecadora del evangelio , se dexan ver en él con el orgullo de aquella infeliz Babilonia de que habla el Apocalipsis. Aqui unas en trage artificioso , otras llenas de vanidad fastuosa , que en vez de humillarse como las almas fieles , solo presentan su hipocresía ó su soberbia. Allí..... ¿ Mas para qué os molesto con la enumeracion prolixa de los enormes delitos que se cometen en el santuario , de los cuales podeis deponer como testigos? ¿ Mirará el Señor con indiferencia esta profanacion de su casa?

¡ Ah! temblad , mortales , y estremecedos al oír los terribles juicios de un Dios zeloso de su honra , y que á nadie cede su gloria. Traed , os ruego , á la memoria los horribles castigos que executó en los hijos de Aaron y de Leví , profanadores del santuario : ni olvideis la suerte de Oza , castigado

con muerte repentina por solo haber tocado con poca reverencia el arca del testamento , figura de la Iglesia ; ni perdais de vista la muerte violenta de cincuenta mil betsamitas por solo haber mirado con ojos curiosos esta arca misma. Preguntad al rey Baltasar ¿ porqué perdió el imperio y la vida? Él os dirá , que por haber profanado los vasos sagrados. Preguntad , repito , á Heliodoro ¿ porqué le azotaron con tanto rigor los ángeles? Y os responderá , que por haber pretendido ocupar los tesoros del templo. Preguntad al rey Antíoco ¿ porqué fué entregado por presa á un ejército de gusanos , que bien presto le consumieron? Y os dirá , que por haber violado el santuario. Y si me preguntais ¿ porqué fueron castigados los judíos con tanta severidad , dispersos por todo el mundo , sin ley , sin sacerdocio , sin sacrificio? os diré con Jeremías,

que por haber cometido graves delitos en el templo.

La ley antigua, oigo decir á algunos, era una ley de rigor y de justicia; mas la de gracia es ley de misericordia y de dulzura. En ella el Dios de las venganzas se ha convertido en Padre de las misericordias. ¿Y dexará por esto impunes los delitos? ¡Ah! no os engañéis, señores: Dios no será burlado. En una y otra ley, dice un abad venerable, es Juez incorruptible, sin acepcion de tiempos ni personas. Pero con esta diferencia, que en la antigua castigaba Dios por ministerio de ángeles; mas en la nueva castiga por su propia mano: porque siendo mas ilustrados que los judíos, es mayor nuestra ingratitud.

En efecto, cuando quiso castigar el crimen de lucifer, hizo que S. Miguel, príncipe de la milicia celestial, le arrojase á los abis-

mos. Cuando determinó castigar con fuego del cielo las abominables ciudades de Pentápolis, lo hizo por ministerio de ángeles. Lo mismo executó en orden á Faraon, Sennacherib, y otros tiranos de su pueblo. Mas cuando Jesucristo trató de castigar á los profanadores de su casa, tomó la venganza por sí mismo.

Abrid el sagrado libro de los evangelios, y vereis á este Dios Hombre, la mansedumbre por esencia, y la misericordia por naturaleza, que sufrió ser perseguido, tolerando con paciencia las mas atroces injurias; que al ver profanada la casa de su Padre, devorado del zelo de su honra, toma un látigo, y arroja de ella á los contratantes, derribando sus mesas y dinero por el suelo. Mi casa, les dice, es casa de oracion, y vosotros la habeis convertido en casa de negociacion. Ni debeis, se-

ñores, perder de vista, que todo lo que á la sazón vendian los judios en el templo, ó por mejor decir, en sus átrios, eran cosas destinadas para los sacrificios. Sin embargo los castiga con rigor, porque faltaban al respeto debido al santuario: crimen abominable, delito horrendo, que trae sobre nosotros la ira del Señor, y que con dificultad se nos perdona.

¡Pueblo mio! os diré con un profeta, el que os llama feliz, ese os engaña. Dios ha fulminado contra los profanadores de su templo las mas terribles amenazas. Oidle hablar por Ezequiel: "Hijo del hombre, dice, entra á ver las abominaciones que executan éstos en el templo." Y despues de haberse las mostrado, concluye por estas notables palabras: "mis ojos no los perdonarán, ni me compadeceré de ellos, y cuando clamaren á grandes voces, no los

oiré." Ni es menos fuerte la expresion de S. Pablo á los corintios: "si alguno violare, dice, el templo de Dios, el Señor lo destruirá." El santo profeta Isaías da la razon, diciendo: "obró iniquidades en la tierra de los santos, y no verá la gloria del Señor."

No quiere decir esto, que hay pecados irremisibles en la Iglesia; sino la grave dificultad de que sean perdonados los que se cometen en el templo: no por falta de potestad en los dispensadores de los misterios de Dios, sino por falta de disposicion y de arrepentimiento en los reos; pues de ordinario en ellos un abismo llama otro: vuelven la espalda á Dios, como los jóvenes que vió Ezequiel: el Señor en castigo los abandona á sus pasiones, retira su gracia, ó ellos la resisten cerrando de propósito sus ojos á la luz, y caen

al fin en la impenitencia. ¡Qué consecuencias tan funestas!

Es verdad, dice un sabio, que no vemos en el día los castigos que executó Dios en otro tiempo en los Baltasares, Nabucodonosores, Antíocos y Heliodoros. ¿Mas juzgáis por esto que usará de menos rigor con los profanadores de estos últimos tiempos? ¿ó que son menos frecuentes y menos criminales las abominaciones del santuario en nuestros días? ¡Ah! estos castigos exteriores y visibles que Dios ha executado mas de una vez en el mundo sobre los impíos que han profanado su templo, son una ligera sombra, un simple bosquejo de los suplicios que tiene preparados en la eternidad á los cristianos, que habiendo profanado el santuario, mueren sin haber hecho verdadera penitencia. ¿Sabeis por qué, señores? porque la profanacion que por sus pecados co-

meten los cristianos en el templo es mucho mas grave y mas injuriosa á Dios, que la de los paganos, judíos y hereges; pues teniendo estos menos luz que nosotros, debe ser mayor nuestro castigo.

Los cristianos en efecto se mo- fan del Señor en cierto modo al profanar sus templos. Mas caerán al fin entre las manos de Dios vivo: el cual si calla ahora por su mucha paciencia; si disimula las profanaciones de su santuario; si no arroja de él á los delincuentes, como á los que profanaban el de Jerusalem, llegara un día en que castigue con eterno suplicio, y con mas rigor que á los habitantes de Sodoma, de Corozaim y de Bethsayda, á los que le han insultado en su mismo asilo, queriéndolo arrojar de su casa; es decir, moviendo su ira, para que retire sus gracias del propiciato-